

LANDÍVAR, RAFAEL (1731-1793)

CATARATAS DE GUATEMALA

(LIBRO TERCERO)

Proposición

No más versos al monte y sus llamas, ni a nimbos nocivos,
ni al hado siniestro. Torne de nuevo a los ríos mi canto,
a los ríos que saltan por la áspera roca espumantes,
allí donde tímidas toman el fresco agradable las Ninfas.

Invocación

Hermoso cortejo de núbiles Driadas y hermosas Nereidas,
de lácteos cuerpos bañados por vítreas linfas,
que el bosque habitáis y el arroyo y los valles tupidos
decidme quién raudo conduce a través del vacío el torrente
y os labra los lares so peñas y rocas profundas;
que en rocas, oh Ninfas, y en ríos tenéis el dominio.

La primera Guatemala y su destrucción

Infausta una urbe existió Guatemala, amable en su cielo,
muy rica de aguas, emporio de gentes y ubérrima en frutos.
Aquesta los Indios fundaron primero en solares amenos
situando en las faldas de un monte inacceso la urbe,
entre densa arboleda apiñada y las flores del campo
que aun siendo silvestres, empero, del monte verdoso
la espalda y laderas pintaban constantes de aroma y color.
Y aun más, sin la reja cruel del arado, la tierra
esparcía los frutos maduros doquiera en los huertos.

Y entre estos, de sima profunda en la alta montaña
entre varios peñascos, dimana abundosa una vítrea fuente,
do mozos robustos gozosos alejan a sorbos
la sed con las aguas, y riega pomares con dulce rocío.
Tal urbe y campiñas otrora la indígena raza habitaba.

Mas cuando este reino somete al poder el Hispano,

y sus leyes comienza a dictar a la raza vencida,
de pronto un diluvio, en montanos torrentes crecido,
sumerge los templos divinos y lares del pueblo, y la urbe.

La Nueva Guatemala (hoy La Antigua)

Entonces decretan llevar los Hispanos colonos
los rectos de la urbe y ponerlos en medio de un valle
notorio, en cuyo contorno, cual aptas y excelsas murallas,
surgían con cumbre elevada sidéreos montes
de frondas insignes, y de aguas y clima perenne vernal.

Aquí ya, dejando a los indios en la sede vetusta alejados,
asienta el Hispano los nuevos cimientos del reino,
y coloca en el valle profundo y extenso la ingente ciudad,
trazada con calles bien rectos y abierta a muy amplio
contorno; do nunca de peste cruel los contagion
azotan; ni Cintio con mucho bochorno se excede,
ni el Bóreas con gélido horror a la gente castiga.

Los templos enormes con finas columnas de roca
tallada, bañados de arábigo incienso en perenne fragancia,
doquiera fulgían lustrosos del oro brillante.
Fachadas muy pulcras con suma esbeltez decoradas,
y campos lozanos y fuentes rociando los prados
le daban eterno renombre a la urbe y decoro.

Su derrumbe

La urbe con todo infelice, de suerte suprema acechada,
con fuerte temblor de la tierra por fin sacudida
del todo resbala, rodando en total confusión las techumbres.
Los templos y casas se caen, y obstruida por moles rodadas
ni senda siquiera ya queda en las calles antiguas.

Entre tanto una nube, que al cielo sombría techaba,
y había privado del día y del sol a la urbe doliente,
de pronto se funde veloz derramando diluvios;
y afea y profana la undosa riada tesoros y joyas,
infectas de lodo, por tierra y por agua sepultas.

Oyese al punto el clamor de los hombres y el triste ulular
femenino; y el ámbito entero repleto repite suspiros.
Los padres lloraban al hijo, los hijos lloraban al padre

que yace en escombros, y lloran la urbe arrancada de cuajo.

UNA MONTAÑA MUY ALTA

La altura

A vista de aquesta, par do Febo se orienta hacia el Austro,
empinándose altiva con vértice excelso una ardua colina,
regiones etéreas se ve recorrer y tocar a los astros
con su cima, y hacerle la guerra al mismísimo cielo.
En ancho solar fundamenta sus amplios cimientos la mole,
y tanto se encorva y derrama en vastísimas lomas,
que por doble decena de leguas se extiende en redondo.

Luego estrecha su masa y muy lenta estrechando el volumen,
disminúyelo tanto donde húmeda toca más alta las auras,
que airosa y con fuste entre el viento a las águilas
vence con cono soberbio, y al nubífero cúmulo vence.

Así como Olimpo rasgando los nimbos con vértice
etéreo, escalando atrevido el espacio celeste, se enrumba
a los astros, y lanza amenazas dementes a Febe y a Febo;
así mismo las cumbres frondosas del monte tan pulcro
rasgando las nubes con su penachera, a los astros se elevan.

Las aguas

Escasos riachuelos allí donde el gélido polo domina,
recorren las faldas; en cambio profusos caudales
emanan por donde se ensaña en el piélagos el túrbido Austro,
bañando con ríos vagantes las faldas Australes.

Los bosques

Ciñéndolo en torno, a este monte recubre tupida arboleda
de intonso ramaje, y cerrada de opacas tinieblas,
que alegran y encantan con trinos sonoros las aves,
sobre todo si tierna la prole las hembras empollan.

Los sembrados

Mas la gente cultiva cabe hondas laderas parajes
vecinos que, rotor y arados con duras azadas,
los siembra de tierna hortaliza, o en surcos con grano
de Ceres, o planta de esquejes del árbol cortados.

Las flores

De flores variadas también hermosea los prados,
mezclando violas y caltas, con lirios los nardos,
que en propia estación florecidos al monte decoran.
Ella sola en zarzal ponzoñoso, la Reina de flores,
cada día enrojece sus yemas que duran igual que los soles
y siempre florida con dones constantes el prado engalana.

Los frutos

Las laderas australes la turba esforzada frecuente,
dispuesta a coger diligente del árbol los frutos maduros;
pues férvida tierra, por pingüe tempero fecunda,
rumbosa produce entre sombra tupida admirables cosechas.
Ya Cidras, Melones, ya Nueces, Ciruelas y muchos
mar frutos recogen por su propia cuenta los Indios
lucrosos de asidua ganancia de ubérrima tierra.

Las gargantas (canal de desagüe)

El monte en la cima se pliega en inmensos barrancos
doquiera tendidos de altísima cumbre a las faldas
profundas; marcados, no obstante, de ubicuos arbustos
con fronda muy tierna, y tupidos de añoso robleado;
después la montaña depone la altura y por llanos tendidos
planea regando con vítreas aguas alegres sembrados.

Las nubes después del mediodía

Prudente natura añadió a tales prendas un nuevo
portento y, rumbona, con ello la excelsa montaña engalana.
Cuando Febo apresura su rumbo hacia el mar de Occidente,
a diario se ofrece una nube que ciñe gozosa
de blanco vellón la montaña a mitad de su altura.

Lenta, saliendo del húmedo Austro, camina al comienzo

y finge rampante tender en su curso hacia el carro Parrasio;
mas con grácil flexión encorvada en gran arco,
pretende en su marcha tocar la región de la Aurora,
y ciñendo a lo largo los bosques de encino negreantes
con banda albeante, se abraza del vientre del monte.

Mas después de girar largo rato, se enfrenta a los siete
triones, y el dorso del monte recubre con leve envoltura;
y de nuevo enfrentada la nube a la gélida Osa,
camina liviana con paso solemne a las cumbres,
en tanto que barre con manto sinuoso los picos
excelsos, y aún más liviana se eleva a las auras.

Movimiento de las nubes

Además con frecuencia se ofrece a la vista en dos bandas
el variable candor de las nubes ciñendo la altiva montaña.
De pronto, movidas entrambas al soplo del viento,
se lanzan aquesta al Poniente y aquella al Naciente;
y buscando su meta con rumbo contrario impelidas,
por amplias laderas del monte frondoso presentan su giro.

Noticia de una aldehuela

Recostada en las faldas sureñas existe una aldea
que lleva el Augusto nombre de Pedro Mártir,
situada de plano so el sol ardoroso y calor excesivo,
de moscos y moscas y arañas nocivas infesta;
mas colmóle natura de raros prodigios que asombran.

DESCRIPCIÓN DE UN VALLE PROFUNDO

Una inmensa garganta

Pues cerca del pueblo se escinde en enorme hendidura
la tierra, mostrando rasgada una boca profunda
por donde saltando un torrente revienta en el fondo rocoso,
y abruptas las penas construyen recónditas grutas.
Mas todo lo oculta natura sapiente en latebras,
y nadie es capaz de adentrarse en insólitos huecos,
si no se desliza por medio de escalas al valle profundo.

Un pórtico de roca

Mas cuando el pie toca el asiento de sima tan amplia,
el pecho se queda pasmado con tales visiones
reales, y fijo persiste suspendo mirando hacia un punto.
Y es que al instante, a la orilla derecha del río que salta,
se enfrenta a los ojos ingente en la roca horadada,
un pórtico igual a una cumbre, con múltiples codos de largo,
construido y tallado de antaño merced a natura
en la peña rigente. Extensa techumbre, en su fuga
por auras sutiles, columnas y muros ingrátida evita;
pero aunados al rudo peñón de arquitebe compacto,
los techos se alejan volados por veinte brazadas.

Además por el nítido espacio del cóncavo techo profusos,
sólidos penden de ingrátida bóveda conos
con la punta del cono pendiente mirando hacia el suelo.
Desprendiéndose algunos empero del techo roqueño,
con ruidos horrendos se dice, trajeron la ruina.
Por eso el terror imponente de cuantos contemplan el antro.
Doquiera la roca extendida por todas las partes,
invade los ásperos pisos del cóncavo atrio
con sueltos pedruscos y parvas piedritas regadas.

Todo lo rige la roca: los muros y bóveda y suelos.
Ni la celebre, antaño, docena de reyes pudieron
así edificar sus palacios, testigos de fasto soberbio,
cabe alegres riberas del Nilo, de fértil tempero,
cuando ilustre renombre en sus dote portentos
ansiaban fijar para sí, prolongando la fama del tiempo;
como adorna natura opulenta admirable la cueva.

La colina de enfrente; de la Guacamaya

Enfrentado a la roca, y del río a la margen izquierda
se yergue, rozando onduladas orillas, fecunda colina:
millares de mirtos verdeantes con fronda rizada
la adornan, y denso la cubre con olmos frondosos
un bosque, y las aves en múltiple turba la animan
con cantos sonoros y cuerpo dotado de bellos colores.

La Guacamaya de bella figura y por muchos colores hermosa,
por uñas muy curvas colgada de un tronco invertida,
ronca resuena y crascita con rudo graznido en las cumbres.

Con el antro de fondo resulta más digna de verse,
cuando entre verdes encinas y frondas opacas
enrosca su cola y despliega girando sus plumas
de azules lunares moteadas y tinte azafrán,
de brillo purpúreo admirable doquiera teñida.

Como a veces rociada Taumante con arco de lluvia
irisa las nubes, y adorna con clámide hermosa
la Terra, queriendo gozosa abrazarla en espléndido giro,
y cuanto más exhalando los suelos condensan su aliento
en las nubes, Iris hermosa más brilla en el cielo;
así la admirable volátil bordada de plumas
el bosque sombrroso doquiera de brillo y color tornasola.

Una catarata

Entre el antro a la diestra y el monte a la izquierda,
se agita fragoso, con agua abundante el torrente,
que a la sima profunda descende de cumbre rocosa;
mas con tanta avalancha se vuelca rodando este río,
que del ronco fragor sacudida resuena la sima,
y el bosque, aumentando el estruendo, y el antro, responden.
La voz, del oído se aleja, ni hablar es posible,
si no se desea confiarle razones a fáciles vientos.

Cual en tierra de Isis, fecunda región de Canopo,
por campiñas y rocas, undosos caudales del Nilo
discurren, y en rápido salto conduce rapaz catarata
que horrisona bate a los montes y oídos con grande tumulto;
así con horrendo sonido la gruta retumba
cuando azota el caudal abundante del río las rocas.

Y en cayendo, se expande por amplia llanura y contorno
en torcida espiral espumosa, y resulta temible,
pues raudo voltea girando al que nada, y en aguas lo oculta.

El curso del río

Fluye alocado de allí entre la sombra del valle profundo,
y arrastra en su curso violento los troncos pesados
cavando el declive rocoso con súbitos golpes.

Y apenas lanzado por salto a la sima profunda,
se ve cautivado en estrecha prisión, y abrazado

por recia y roqueña estructura tan alta el torrente,
se esfuerza de pronto en romper las entrañas rocosas
y horada un enorme canal en el vivo peñasco.

La roca se escinde en pedazos, y el flujo constante
socava entre noches eternas, sombrías cavernas,
sin paso a los rayos del sol y con musgo verdoso,
que incultas, la huella del hombre no toca, ni astuta
Licisca visita atrevida con tímida planta.

Rápido entre ellas con paso veloz se desliza el torrente
rompiendo sus aguas doquiera entre escollos rocosos,
hasta que rodado a los bordes finales del pétreo cauce,
de nuevo demente al vacío con ímpetu lanza sus aguas.

Otra catarata más grande y el lago que se forma

Así pues irrumpe a través de las peñas del suelo
con vértices raudos y en gélidas ondas el bátraco horrendo,
donde Plutón subterráneo y sus reinos Tartáreos la acechan,
y la hoya ensombrecen en torno con negras tinieblas.

Mas la fosa extendida expedita en un círculo ingente,
doquiera ceñida por muros de escollos muy altos
que raídos de antaño con saltos violentos, la linfa
montaña los fue separando por fin en cilíndricos vasos,
que muchos arbustos ocultan con fronda abundosa
brotando del dorso dañado en las peñas gastadas;
aquestos innúmeras aves a veces alegran cautivas
del suave dulzor, con su colorido y armónico canto.

Domina esta sima una peña, una peña tan alta,
que al abismo profundo impondría terror si rodase.
Desde aquí deslizándose raudo de nuevo en sus aguas el río
se lanza demente a la fosa rodando con fuerzas sin fin.
Entonces el río, del alto peñón deslizado, desgrana
sus aguas en mínimas gotas el soplo del viento
y disuélvese todo al caer en finísima lluvia.

Vuela doquiera la linfa, cual nébula blanca, en las auras.
Pero aterra el abismo que abajo, colmado de gélida onda,
causa un estrépito horrendo, bullendo en la cóncava sima,
y la onda insaciable corroe los bordes combados
sumiendo con giro voraz en su vientre los sueltos peñascos.

Como el mar, cuando agitan su dorso los vientos potentes,
ya se hincha y las olas ligeras dispara a los antros
de modo que el ponto parece fundirse ya casi en el cielo;
ya hiende las ondas y al fondo descubre el abismo
ansiendo ardoroso aterrar con su rauda Tartáreos antros;
o azota por fin con rabioso furor a los muros y rocas,
y engulle a las cóncavas naves en vértice rauda;
así por la pétreo muralla de roca excavada ceñidas
las ondas, azotan y tragan con ansia las cáusticas rocas.

Iris se embellece en el río

De Taumante la prole estas aguas frecuente en el arco
que a veces el río sonoro en el rápido salto
perfila por lumbres doradas del sol fustigante.

Pues al punto en que Febo dorado al Hespéride ponto dirige
su curso, rigiendo el timón sus cansados corceles,
entonces la Ninfa de Juno, bajando del cielo sereno,
Taumante, se asienta apacible en las aguas difusas,
y enfrenta el torrente a los rayos y, rotas sus luces,
ostenta, a la vista admirada de Febo, diversos colores.

Profundísimo cauce del río

Mas cuando ya ha sacudido el Ninfárido manto irisado,
y acabo de roer con su muerdo insistente la fosa
profunda, conduce al caudal por la roca horadada
y el bátrato inmenso con peso ligero abandona.

Pero el canal, por las aguas roído en la roca tajada,
desciende a Tartáreas sombras con tanta pendiente,
que en torno ni suena al oído el murmullo del río;
y en tácito vuelo resbala hacia el fondo profundo
hasta ser arrojado al confín del Pacífico ponto,
donde funde sus dulces corrientes con linfas mordaces.

Concurrencia de los capitalinos en el pórtico

Acá, Guatemala la noble concurre cada año de prisa
cuando el yerto Aquilón va entumiendo los miembros,
y la grama del prado por brume cruel languidece.

Por escalas colgantes al techo rocoso descienden;
por un puente domeñan el río y apenas entrando en la cueva,
con pasmo en sus ojos recorren las cóncavas peñas.

Todo se admira: el monte, el torrente y la gruta.
A la voz oprimida, no obstante, las señas y signos suceden,
si el saludo se quiere con ansia brindar a un amigo,
o bien se desee, ya el sol declinante, volver a la casa.

Este portento supera a las siete maravillas

Paretónicas gentes silencien sus verdes campiñas
que el Nilo opulento fecunda con fértiles riegos;
que el mundo silencie los siete portentos antiguos,
a los que gárrula fama pregona soltando alabanzas.

A todos supera en belleza el contorno del valle,
ofreciendo a las tímidas Ninfas preciados parajes umbrosos,
siempre fragantes de efluvio oloroso del monte
y siempre sonoro por dulce cantar de las aves.

FIN DEL LIBRO TERCERO